SOCIEDAD

La Razón

Arriba a la izquierda, chicas de la Asociación Artes que estuvieron en Croacia. Sobre estas líneas y al lado, varias jóvenes de Trechel pintan una valla y una puerta

Decenas de chicas dedican el verano a echar una mano en países al límite

Ayudan a ancianos y niños y trabajan en el acondicionamiento de centros

R. Ortega

VALLADOLID- Son jóvenes pero sobradamente preparadas. También valientes y decididas y con las ideas claras. Y, sobre todo, comprometidas y dispuestas a echar una mano en cualquier momento y lugar del planeta tierra donde puedan ser útiles y aportar su granito de arena para lograr un mundo mejor y más justo.

En lugar de irse a la playa o a la montaña con la familia o con los amigos durante sus vacaciones estivales han preferido coger los bártulos con lo justo y necesario para vivir, pero también disfrutar, de una experiencia distinta. Más dura y nueva para muchas, pero que, según cuenta alguna de ellas, mucho más plena y reconfortante, como es ayudar a los demás. Medio centenar de chicas de las asociaciones juveniles Artes y Trechel de Castilla y León han dedicado parte de su verano a echar un mano a los que menos tienen y más lo necesitan. Y lo han hecho en dos proyectos de voluntariado subvencionados por la Fundación Kumen en Croacia y Rumanía. Concretamente, en dos pequeños pueblos: Velika Gorica, en territorio croata, y Carei, en tierras rumanas. Lugares en los que sus habitantes viven al límite y con lo mínimo para subsistir a duras penas. «Ha sido una experiencia muy positiva. Ahora te das cuenta de muchas cosas y valoras más lo que tenemos y disfrutamos en nuestro país, pese a la crisis», explica a La Razón María Monfá, una joven vallisoletana de 27 años, monitora de la Asociación Trechel, mientras recuerda la precariedad de las instalaciones donde estaban o las carreteras para llegar así como el escaso material existente para trabajar. Aunque tiene experiencia en este tipo de proyectos, ya que ha que ha estado anteriormente en África y Hungría, Monfá ha participado durante la segunda quincena de julio en el proyecto de voluntariado de Carei , en Rumanía, en compañía de otras 34 adolescentes de nuestra Comunidad, y de otras quince jóvenes más de otros lugares de España.

Las jóvenes hicieron muy buenas migas con las universitarias croatas

DEL 15 AL 30 DE JULIO

De la mano de las asociaciones Artes y Trechel han trabajado en Croacia y Rumanía

Medio mes en el que estas chicas han hecho de todo. Desde ayudar a los ancianos del asilo del municipio así como a los niños del orfanato, que viven en serio peligro de exclusión social, hasta acompañar a los enfermos y jugar con personas con alguna discapacidad. También se han arremangado para limpiar y acondicionar los centros sociales y residenciales de la localidad. Quince días en los que han pintado habitaciones, vallas y puertas y han realizado labores de jardinería. Pero también han tenido tiempo para el ocio en el que han podido conocer gente y compartir experiencias inolvidables.

OPINIÓN

CARTAS DESDE SILOS

Víctor M. Paílos

A fray Ángel Abarca

Ayer celebramos tu profesión solemne. Hubo, como acostumbra, emoción y lágrimas. Hay cosas en la vida que nos han pasado a todos alguna vez pero en las que no hemos pensado. El día de la boda -o el de este equivalente que es la profesión religiosa- lo importante es llegar al altar convencidos de que «es para toda la vida». Tanto tinglado no se habría montado si los invitados no esperasen oír de unos labios humanos aquella promesa que no sería humana, esto es, realizable, si no fuera divina, esto es, realizada: «sí quiero» -para el novio- o «sí prometo» -para el religioso-. Lo que tiene que pasar es esto. Pero lo que pasa de hecho es que, mientras nosotros prometemos lo que tenemos que prometer, la emoción y las lágrimas hacen acto de presencia a nuestro alrededor. Nuestra promesa mira al futuro. Las lágrimas, en cambio, al pasado. Los seres humanos lloramos porque sentimos nostalgia del paraíso perdido.

«Los seres humanos lloramos porque sentimos nostalgia del paraíso perdido»

Somos esa nostalgia, como tan lúcidamente supo expresar Mircea Eliade, el sabio historiador de las religiones. Por eso nuestras lágrimas son, a veces, más reveladoras que nuestras promesas.

No en vano han gozado de su prestigio en la tradición monástica: lágrimas de compunción por nuestros pecados, por lo que pudimos ser y no fuimos.

¿No nos las recuerdan las de nuestros padres, que se emocionan cuando ven a sus hijos en lo alto del altar?. Que ellas sean siempre, mi querido fray, tu tesoro, el precio de tus promesas. Llorar de pena o de alegría -que lo mismo da- es una manera de morir sin la que no podemos resucitar.